

AL CÉSAR LO QUE ES DE DIOS: CUATRO LIBROS RECIENTES SOBRE LOS CATÓLICOS EN LA ESPAÑA FRANQUISTA

Javier Muñoz Soro

La acción política de los católicos durante la dictadura de Franco ha sido un tema con especial atractivo para los historiadores españoles y extranjeros desde antes incluso de la muerte del dictador. La bibliografía al respecto es abundante, a veces fragmentaria en exceso, pero no faltan las síntesis firmadas por historiadores, periodistas o protagonistas de aquel periodo. Las razones de tal interés son bien conocidas, sobre todo la colaboración cuando no total identificación de la mayor parte del catolicismo nacional con la causa de Franco, “Caudillo por la gracia de Dios”.

Así como el sucesivo distanciamiento del régimen de una parte significativa de ese mismo catolicismo, y al final de la propia jerarquía eclesiástica, que acabará desempeñando gracias a su posición privilegiada una función que Guy Hermet ha llamado «tribunicia», cuando no paradójicamente deslegitimadora¹.

Dos fenómenos que, al menos con tal intensidad, tenían pocos paralelos en la historia europea, y que parecían componer el epílogo de una historia “anormal”, la española, caracterizada durante siglos por el poder político y social hegemónico de la Iglesia católica. De hecho, el sorprendente final de la historia, es decir, la notable secularización de la sociedad y política española actual, ha sumado otro motivo de interés al tema, en particular desde la perspectiva italiana.

Cuatro libros publicados en los dos últimos años han contribuido a mejorar nuestro conocimiento sobre algunos aspectos fundamentales, combinando la investigación inédita con la síntesis y la recapitulación historiográfica. Si los juntamos cubriremos una larga etapa del franquismo, los treinta años que van desde 1945 hasta 1975, pero sobre todo podremos

1. G. Hermet, *Los católicos en la España franquista*, Madrid, CIS-Siglo XXI, 1986.

recorrer la evolución del mundo católico de la posguerra en varias direcciones distintas, algunas de las cuales convergieron luego en su aportación al éxito de la democracia.

Se parte de un tronco común, el del colaboracionismo político estudiado por Mercedes Montero Díaz², algunas de cuyas primeras defecciones, en particular la protagonizada por Gil Robles, darán lugar durante los años Cincuenta a una democracia cristiana de oposición al franquismo, estudiada por Donato Barba Prieto³. Pero será la crisis de los movimientos especializados de Acción Católica en la década siguiente, objeto del libro de Feliciano Montero García⁴, la que tendrá probablemente consecuencias más graves y duraderas. Con ella fracasará la experiencia de catolicismo social más importante nunca ensayada en España y, al mismo tiempo, despojará precisamente a esa democracia cristiana de buena parte de sus bases militantes y electorales, empujándolas hacia un rápido proceso de secularización y/o a la zona de influencia de la izquierda política, como analiza Rafael Díaz-Salazar⁵.

El libro de Mercedes Montero es el tercer volumen de una historia de la Asociación Nacional de Propagandistas (ACNP) editada por la Universidad de Navarra⁶. Se trata de un documentado estudio de la ACNP en su periodo de mayor relevancia política dentro del régimen franquista, es decir, la segunda mitad de los Cuarenta y la década de los Cincuenta, desde una perspectiva especialmente atenta a la comunicación social a través del análisis del diario “Ya” de la Editorial Católica, del órgano de AC “Ecclesia” y del “Boletín” de la ACNP. La información se completa con documentos originales procedentes del rico Archivo Histórico de la Universidad de Navarra, que ilustra las divisiones internas de la asociación durante esos años, con Herrera Oria, Fernando Martín-Sánchez Juliá, Gil Robles y Francisco de Luis como protagonistas.

La obra vuelve sobre unos hechos bien conocidos gracias a la obra de Javier Tusell, referencia esencial para el tema⁷.

2. M. Montero Díaz, *Cultura y comunicación al servicio de un régimen. Historia de la ACN de P entre 1945 y 1959*, Pamplona, EUNSA, 2001.

3. D. Barba Prieto, *La oposición durante el franquismo. La democracia cristiana*, Madrid, Ediciones Encuentro, 2001, pp. 304.

4. R. Montero García, *La Acción Católica y el franquismo. Auge y crisis de la Acción Católica Especializada en los años Sesenta*, Madrid, UNED, 2002.

5. R. Díaz-Salazar, *Nuevo socialismo y cristianos de izquierda*, Madrid, HOAC, 2001.

6. Los dos volúmenes anteriores son J.M. Ordovas, *De la Dictadura a la Segunda República. 1923-1936* y M. Montero, *La construcción del Estado confesional. 1936-1945*, Pamplona, Eunsa, 1993.

7. J. Tusell, *Franco y los católicos. La política interior española entre 1945 y 1957*, Madrid, Alianza, 1984.

Respecto a ésta su mayor aportación reside en haber demostrado que el gran proyecto de integración cultural que Joaquín Ruiz-Giménez intentó llevar a cabo como ministro de educación nacional entre 1951 y 1956 no era sólo patrimonio de los falangistas intelectuales procedentes de “Escorial”, pues estaba también presente en el programa de “alta política” de Herrera.

Así Tusell describe a un Ruiz-Giménez erigido en defensor de un proyecto fundamentalmente ajeno, el de sus colaboradores falangistas como Laín o Tovar, y desbordado por unos acontecimientos que son contradictorios respecto a sus convicciones personales y ante los cuales su respuesta será por fuerza tímida y ambigua. Mientras que el retrato de Ruiz-Giménez ofrecido por Mercedes Montero, aun sin cambiar los datos básicos, es el de una joven promesa de la Asociación que llega al poder para aplicar las ideas políticas de su mentor, Herrera Oria, entre las cuales ocupa un lugar importante la política de integración cultural, o «comprensiva» como entonces la llamó Ridruejo.

Y que por su empeño personal en llevarla a cabo terminó perdiendo el consenso dentro de la ACNP y de AC, no sólo del sector más conservador, representado por su presidente y director del “Boletín” Martín-Sánchez Juliá que, sin embargo, había sostenido su proyecto de reforma de las Enseñanzas Medias pese a la negativa reacción de la jerarquía eclesiástica. Sino incluso de Herrera Oria, cuyo apoyo moral y afectivo al ministro no ocultaba su alejamiento del proyecto «comprensivo», al menos en los términos planteados, una posición ambigua pero básicamente de renuncia presente también en las páginas del diario “Ya”.

Esta perspectiva más “interna” en Mercedes Montero, frente a la más “externa” de Tusell, enriquece la visión de conjunto sobre el decisivo momento que supuso el Ministerio de Ruiz-Giménez y documenta, por si aún cabía alguna duda, los límites excesivos de la reforma política patrocinada por los católicos propagandistas. Quienes, con pocas excepciones como la del propio ex ministro de Educación Nacional, al final se demostraron mucho más dispuestos a colaborar y conservar las posiciones ganadas con el Concordato de 1953, y como solía recordar Martín-Sánchez Juliá, «en el campo abierto durante la guerra de Liberación» (p. 139).

Las primeras “deserciones”, según se decía entonces con una terminología muy cuartelera, dentro de ese catolicismo político son estudiadas por Donato Barba en *La democracia cristiana*, primer volumen de la colección *La oposición durante el franquismo* que dirige José Andrés-Gallego⁸. Resultado de una tesis doctoral realizada en la Universidad Nacional de Educación a Distancia (UNED) bajo la dirección de Gil Pecharromán, es un trabajo sintético y al mismo tiempo bien documentado en los archivos privados de Gil Robles y Giménez Fernández, también muy político como no podía ser de otra manera tratándose del ex presidente de la Confederación Española de Derechas Autónomas (CEDA) y de su ex ministro.

8. D. Barba Prieto, *La democracia cristiana*, Madrid, Encuentro, 2001.

El objeto de estudio y el enfoque elegido para llevarlo a cabo explican la escasez de análisis ideológico, pues una consecuencia de la fragmentación política fue la debilidad y la confusión doctrinal, menor si acaso en Giménez Fernández que en otros líderes del movimiento. Así como el recurso sólo ocasional a la prensa, vetada también a la oposición democristiana y en particular a Gil Robles, y el espacio relativamente menor dedicado a Ruiz-Giménez, que se justifica por no existir un archivo de referencia. Aunque un repaso a las revistas toleradas en la década de los Sesenta hubiera permitido precisar algo más la cultura política y la evolución ideológica de esos grupos, así como un repaso a la prensa de la capital y de provincias hubiera podido avanzar en una hipótesis bastante atendible: de producirse la transición una década antes habría sido muy posible una hegemonía demócrata cristiana, probablemente bajo la dirección de Ruiz-Giménez.

En las páginas escritas por Donato Barba quedan en evidencia todas las rencillas personales que hicieron inviable la convergencia en un único partido de lo que Tusell, revisándose a sí mismo en el prólogo, llama «grupúsculos» democristianos. Sobre todo en el periodo clave comprendido entre la conferencia europea de Munich en 1962 y la reunión de Los Molinos de 1965, porque el éxito moral de la primera no evitó fracaso político de la segunda, y las consecuencias de ese fracaso fueron seguramente mucho más duraderas de lo que pudo parecer en un primer momento. Igual que las siempre difíciles relaciones dentro del Equipo con los sectores catalán y vasco, adelantados de la democracia cristiana en España, quizás cerraron el camino hacia una derecha que además de “civilizada” tuviera un proyecto nacional común. El Autor demuestra la función decisiva que cumplieron esos grupos de oposición, a pesar de que sus divisiones internas no dejaban de aflorar también en las reuniones internacionales, al evitar la aceptación exterior de una presunta democracia cristiana franquista, posibilidad que ellos mismos ya habían rechazado previamente.

Hay otras algunas cuestiones que el libro apunta más que desarrolla y cuya respuesta, sin duda compleja, sigue siendo objeto del debate historiográfico. Seguimos sin saber muy bien hasta dónde llegó el interés del Vaticano por construir una alternativa democristiana en España, aunque ésta pasaba por Ruiz-Giménez y no por Gil Robles o Giménez Fernández. Para el Autor las causas del imprevisto fracaso electoral del Equipo Demócrata Cristiano del Estado Español en 1977 hay que buscarlas, antes que nada, en la fragmentación y ambigüedad de su oferta, y comparte la tesis de que la desintegración de la Unión de Centro Democrático (UCD) se debió a la ausencia de un “cemento” ideológico democristiano que amalgamara las diversas corrientes (es la tesis, entre otros, de Óscar Alzaga). Ya que en realidad UCD cumplió como partido político una función muy semejante a la desempeñada treinta años antes por las democracias cristianas europeas, como han señalado

Tusell o Caciagli⁹, la pregunta sería por qué adoptó una apariencia mucho más “laica” o, sería más exacto decir, “tecnocrática”.

Más discutible es la importancia que Donato Barba da al grupo “Tácito”, por mucho que su juicio coincida con el de varios diarios nacionales que hace unos meses conmemoraban a los “tácitos” como artífices de la transición. Sin embargo, sólo se puede estar de acuerdo con él cuando concluye que acabaron triunfando las ideas de quienes, como Gil Robles, Giménez Fernández o Ruiz-Giménez, las defendieron con tesón aun a costa de sacrificar posiciones que de otra manera, sin duda, les hubieran reportado grandes beneficios personales.

Por otra parte, este proyecto político democristiano quedó despojado de sus bases sociales, en las que reclutar cuadros y militantes — como había tenido la CEDA durante la República o tenía la Democrazia Cristiana (DC) italiana en AC y la Federazione Universitaria Cattolica Italiana (FUCI) — tras la crisis de la Acción Católica Especializada (ACE) en España durante la segunda mitad de los años Sesenta. Es el tema de *La Acción Católica y el franquismo. Auge y crisis de la Acción Católica Especializada en los años Sesenta* de Feliciano Montero, hoy catedrático en la Universidad de Alcalá, y autor de numerosos estudios sobre el movimiento católico durante el franquismo¹⁰. La perspectiva de Montero es interna, centrada en los documentos de AC y de la Conferencia Episcopal, y quizás por eso mismo ofrece un retrato que no puede dejar de impresionar. Por la importancia numérica e influencia social de las organizaciones implicadas, pero sobre todo por el nivel inaudito que alcanzó el enfrentamiento entre los movimientos especializados de un lado y la jerarquía eclesiástica del otro, apoyada por el colaboracionismo católico de la DCNP y, por supuesto, el régimen franquista. Rompe así con ciertas imágenes lineales y monolíticas de la evolución de la Iglesia durante la dictadura.

No obstante existieran algunos antecedentes, en particular las huelgas de 1951 y el cierre del periódico “¡Tú!” de la HOAC, el punto de partida del conflicto fue la reforma estatutaria de 1959, que marcó el paso decisivo hacia el abandono del modelo parroquial a favor de la especialización, acompañada de una renovación amplia y homogénea de los cuadros dirigentes, y un cambio en los métodos de análisis y actuación sobre la realidad social. El punto de llegada en ese camino hacia el «compromiso temporal» lo marcaron las VII Jornadas de 1966, desencadenantes de una crisis que, lejos de intentar superar, la IV Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal reunida en febrero de 1967 resolvió condenando oficialmente los documentos y aprobando unos nuevos estatutos en noviembre.

9. M. Caciagli, *La parábola de la Unión de Centro Democrático*, en J.F. Tezanos, R. Cotarelo y A. de Blas (eds.), *La transición democrática española*, Madrid, Sistema, 1989, pp. 389-432.

10. F. Montero, *La Acción Católica y el franquismo*, cit., Autor, entre otros libros, de *El Movimiento Católico en España*, Madrid, Eudema, 1993.

Desde ese momento hasta abril de 1968 fueron cesados o dimitieron, uno tras otro, todos los dirigentes de la ACE.

Montero confirma la naturaleza política del enfrentamiento, evidente en la toma de posiciones a favor o en contra de la Ley Orgánica del Estado (LOE), y la existencia de dos bloques bien definidos y homogéneos. Lo demuestra el apoyo mayoritario del obispado a los nuevos estatutos de AC, por una parte, y el de todas las ramas de la ACE, excepto la más conservadora de los Hombres, a los documentos críticos de la Junta Nacional, por otra. El conflicto tenía su origen en cuestiones políticas, pero aceleró la crisis de identidad de la AC — cuyo estatus jurídico se basaba en la subordinación jerárquica a la Iglesia — dentro del nuevo marco de acción definido para el apostolado seglar por el Concilio Vaticano II. Un proceso semejante se estaba desarrollando entonces en Francia o Italia, en un marco general de secularización y modernización social, pero las especiales circunstancias españolas determinaron una mayor intensidad y unas consecuencias más duraderas de la crisis.

El final en la práctica de la ACE acabó con el modelo nacionalcatólico del Concordato de 1953 y, al mismo tiempo, con la principal experiencia de catolicismo social llevada a cabo en España. Provocó el abandono o la dispersión de un laicado que, como recuerda Feliciano Montero, nunca había sido tan fuerte, dinámico y fiel a la Iglesia, aunque la jerarquía pudiera pensar lo contrario. Favoreció además la profunda renovación del episcopado español impulsada desde el Vaticano a través del nuncio Dadaglio, que hizo posible la Asamblea Conjunta Obispos-Sacerdotes, el relevo en la dirección de la Conferencia Episcopal en 1971 y, con todo ello, lo que luego en la transición se llamó “taranconismo”.

Sin embargo, cuando entonces se intentó restaurar la ACE anterior a la crisis era ya demasiado tarde, muchos de sus militantes habían pasado a organizaciones políticas, sindicales o ciudadanas más o menos clandestinas, abandonando a menudo la fe religiosa, o se habían integrado en las nuevas “comunidades de base”. Con el resultado de que la ACE terminó por convertirse en una cantera de cuadros y militantes políticos de la izquierda antifranquista, bien preparados para los cometidos que les deparaba la transición a la democracia. Un proceso que el sociólogo Rafael Díaz-Salazar, otro conocido estudioso de la Iglesia durante el franquismo, analiza en *Nuevo socialismo y cristianos de izquierda*¹¹.

11. R. Díaz-Salazar, *Nuevo socialismo y cristianos de izquierda*, cit., Entre sus obras anteriores destacan *Iglesia, dictadura y democracia: catolicismo y sociedad en España, 1953-1979*, Madrid, HOAC, 1981, y *La izquierda y el cristianismo*, Madrid, Taurus, 1998.

Díaz-Salazar describe e interpreta la continuidad biográfica con la izquierda republicana de varios dirigentes de la ACE, Guillermo Roviroa, Eugenio Royo y Jacinto Martín entre los más destacados. Las consecuencias prácticas de los nuevos métodos de formación, desde la “revisión de vida” hasta las encuestas o campañas, en una auténtica “pedagogía de la acción” basada no ya en la doctrina, sino en el análisis de la realidad como paso previo a su transformación. La importancia del desarrollo de una cultura obrera dentro de las organizaciones de apostolado, a través de editoriales como ZYX o Nova Terra, revistas como “¡Tú!”, “Juventud Obrera”, “La Voz del Trabajo”, “Noticias Obreras”, “Signo”, “Aún” o “Mundo Social”, multitud de manifiestos, hojas informativas e iniciativas educativas o de difusión de lo que entonces se llamaba “cultura popular”.

La participación de los cristianos en las nuevas organizaciones sindicales del antifranquismo - desde la Unión Sindical Obrera (USO) hasta las Comisiones Obreras (CCOO) — y políticas, en particular el Frente de Liberación Popular (FLP), en numerosas asociaciones ciudadanas o en la formación de la Unión Militar Democrática (UMD). Incluye también los datos de algunas encuestas sobre el factor religioso en la izquierda española, aunque hubiera sido deseable profundizar en su interpretación sociológica e histórica, al menos para explicar por qué un elevado nivel de creencia y/o práctica religiosa entre los militantes coexiste, especialmente en el PSOE, con una práctica política y de gobierno que la Iglesia tachó de «anticlerical» y el propio Autor define como «laicista».

Pero la principal aportación del libro está en su análisis de la cultura política de los “cristianos de izquierda”, que ellos mismos construyeron a través de la práctica militante, el fomento de una cultura obrera y un “pensamiento propio” elaborado en su prensa, cursillos y escuelas. Por ejemplo, los Grupos Obreros de Estudios Sociales (GOES) de la HOAC, y autores como Guillermo Roviroa, Eugenio Royo, Jacinto Martín, Tomás Malagón, Ignacio Fernández de Castro, Alfonso C. Comín o Carlos Díaz, muy influidos por el personalismo de Mounier. Una cultura política caracterizada por un fuerte enraizamiento religioso, que entiende el cristianismo como mensaje de liberación y transfiere «a la política la mentalidad redentora del reino de Dios en la tierra» (p. 116), lo cual explica su tendencia radical y revolucionaria. Pero que al mismo tiempo, y como fruto de esa misma experiencia religiosa, rechaza de manera absoluta todo proyecto confesional, desde la democracia cristiana al sindicalismo católico. Según el Autor habría sido precisamente el rechazo de la ACE a convertirse en la base obrera de un proyecto democristiano alentado por una parte de la Iglesia, a la vez como legitimación del régimen y alternativa a éste de cara al futuro, lo que provocó las destituciones de Roviroa y Malagón y, en último término, la crisis general del movimiento católico. Porque como afirmaba un obispo al justificar esos ceses, la HOAC debía atacar al liberalismo, pero no al capitalismo.

Esa cultura política del cristianismo de izquierda se basaba en un radicalismo democrático e igualitario, en una cultura popular crítica y liberadora, en una democracia económica basada en la autogestión socialista, en la centralidad obrera y la acción sindical autónoma frente a los partidos políticos y el Estado. Más aún, en muchos casos tenía un fuerte componente antipartidista y antiestatalista, fruto político del personalismo de raíz cristiana, aunque fue progresivamente asimilando un marxismo despojado de sus rasgos más dogmáticos y totalitarios. Fue por encima de todo una cultura militante, pues como escribe Díaz-Salazar «la contribución más importante que han hecho los movimientos cristianos a la izquierda española ha sido la formación de un nuevo tipo de militante, la configuración de un sujeto de transformación social» (p. 58). Pero esos militantes sufrieron la enorme contradicción de pertenecer a una Iglesia ligada al franquismo y en la confrontación con las ideologías laicas muchos acabaron por abandonar la fe. Luego llegó la Transición, y con ella la temprana desmovilización social, la renuncia al marxismo y a las utopías estatalistas, pero también al espontaneísmo y la autogestión, y el triunfo del PSOE, que a diferencia del PCE nunca dio centralidad en su discurso al factor religioso y a la participación de los católicos. En palabras de un dirigente de Cristianos para el Socialismo, «cuando habíamos terminado de elaborar las respuestas, nos cambiaron las preguntas» (p. 113).